



Miguel Delibes de Castro

Cada especie está ahí por algo y para algo y como rezaba el poema de John Donne, «ninguna persona es una isla, la muerte de cualquiera me afecta». Después de leer su nuevo libro se ve el campo con otros ojos, con los ojos de este biólogo y amante de la naturaleza.

Texto de **GEMA BOIZA**, periodista



Cuánto puede mantenerse en el aire un avión que durante su vuelo va perdiendo tornillos o pequeñas piezas de su fuselaje antes de colapsar y caer? Con esta imagen es con la que Miguel Delibes de Castro, biólogo y autor de *Gracias a la vida* explica el riesgo al que se ve sometida la

naturaleza por la desaparición paulatina de especies. En una entrevista concedida en la Academia de las Ciencias en un día soleado de los que regala el otoño en Madrid, el científico cuenta que en su libro ha querido explicar que cada arbolito o animal que habita este planeta no se limita a estar, sino a desempeñar una función que hace que nosotros podamos vivir en él. Amante del campo desde su niñez, el que fuera director de la Estación Biológica de Doñana y el que está considerado como la máxima autoridad mundial sobre el lince ibérico, apuesta por emocionar no solo con la belleza de la naturaleza sino con su conocimiento. ¿Para qué? Para despertar conciencias y hacer ver que cada vez que una especie desaparece nuestro entorno se hace un poquito más débil poniendo las partes de ese todo en peligro.

¿Cómo se define y se explica *Gracias a la vida*, el libro más reciente de Miguel Delibes de Castro?

Como una descripción, que intento que sea atractiva, sobre la manera en que trabaja la naturaleza haciendo que el mundo sea habitable para nosotros. De alguna forma, quiero explicar que comemos, respiramos, bebemos agua limpia... gracias a los hongos, las plantas, los animales y los microbios. Me gustaría que la gente que leyera este libro se diera cuenta de que los árboles y los animales no se limitan a estar, sino que están haciendo cosas sin las cuales nosotros no podríamos vivir.

Son muchas las especies imperceptibles para los humanos sin las que no podríamos vivir.

¡Claro! ¡Hay muchas especies que no percibimos! Por eso, una vez elegida la línea argumental del libro, tenía que escoger los protagonistas de las historias, y lo que hice fue optar por especies o poco atractivas o desconocidas. Si dices que un tigre, un lince o una

mariposa son muy bonitos a nadie le llama la atención. Sin embargo, si dices que también es bonita una lombriz, a lo mejor alguien dice ¿cómo que es bonita una lombriz? Y se anima a leer el libro.

Leyendo *Gracias a la vida* es fácil pensar que conocemos poco, muy poco, la naturaleza.

¡Mi intención va por ahí! Con la naturaleza puedes conmovir diciendo lo bonita que es, haciendo cuadros, poesías o publicaciones en Instagram, y también puedes apelar al miedo, diciendo que se acerca un colapso de civilización, pero en el tramo medio está intentar conmovir con el conocimiento y no solo con la emoción. Transmitir conocimientos que puedan asombrar y deslumbrar es lo que intento.

¿Cómo ha sido el proceso de escribir *Gracias a la vida*?

¡Muy largo! Empecé a escribirlo hace cuatro años, cuando nos confinaron en la pandemia, pero a mí se me ocurrió este libro hace unos 20 hablando con mi padre, el día que me dijo que le parecía muy triste que se perdieran bosques, pájaros, peces... pero no que aquello afectara mucho a la humanidad. Mi padre decía «que la temperatura suba dos grados es dramático porque no se puede vivir, nos vamos a asar vivos, y que se contamine el aire y nos dé asma también es grave, pero que haya menos pájaros, aunque es triste no es muy grave». Recuerdo que yo le dije, «¡tengo que convencerte de que sí lo es y algún día haré un libro para esto!». Ese libro es *Gracias a la vida*, con el que también doy las gracias a lo que la naturaleza nos da.

¿Por qué este título para este libro?

Porque nos gustaba esa canción de Violeta Parra, porque ese título me parecía muy oportuno para tratar lo que trato en el libro, y también porque mi madre, que murió muy joven, daba gracias a la vida a menudo y ponía esa canción diciendo que había sido feliz 50 años y no todo el mundo podía decir lo mismo.

¿Hay una explicación que pueda justificar por qué somos tan poco conscientes de que sí pasan cosas cada vez que una especie desaparece?

¡Yo no pretendo que no se toque nada en la naturaleza como si todo fuera sagrado! Hay especies que viven con nosotros, se han acostumbrado a nosotros y se han hecho plaga, como las ratas de las ciudades, pero hay otras, muchas, que hacen falta. Se trata de conservar el funcionamiento de la naturaleza, que es mucho más eficaz si tiene todas sus piezas, que si le

«De alguna forma, quiero explicar que comemos, respiramos, bebemos agua limpia... gracias a los hongos, las plantas, los animales y los microbios»



En *Gracias a la vida. La naturaleza indispensable* (Destino), el biólogo Miguel Delibes de Castro agradece a los microbios por nutrirnos y defendernos, y extiende ese reconocimiento a hongos, insectos, pájaros... A todos los que hacen posible que podamos respirar y vivir.

vamos arrancando alguna porque todas están desempeñando su papel. Una de las cosas más bonitas que me han dicho en estas últimas semanas es que tras leer el libro se ve el campo con otros ojos.

¿Por qué hay tanto negacionismo y negacionista sobre el peligro al que estamos sometido a la diversidad?

Se han extinguido entre 2000 y 3000 aves en los últimos 10 000 años sobre todo en islas del Pacífico y... aquí seguimos, seguimos viviendo, ¡claro! El papel que hacen algunos lo pueden hacer otros. En Doñana llegaron los cangrejos del Mississippi y acabaron con especies que vivían allí y ahora Doñana es otra. Lo que sí podemos decir es que con esas desapariciones estamos haciendo que la naturaleza, eso que nos mantiene vivos, sea cada vez más débil, menos resiliente, menos capaz de resistir los cambios y eso es un peligro. Hay muchos miles de especies que polinizan flores, unas lo hacen de noche, otras de día, unas a más altura, otras a menos, otras cuando las flores están más abiertas, otras cuando lo están menos... Está claro que se si pierden algunas especies se van a seguir produciendo frutos, pero de menos calidad y en peores condiciones. ¡Tenemos que intentar conservar el todo!

¿Dónde está el límite? ¿Hasta dónde podemos llegar si no cambiamos las cosas?

En el libro que hice con mi padre hace 20 años le explicaba que la naturaleza es como un avión en el que vamos volando. Imagina que durante ese vuelo el avión va perdiendo tornillos. Podríamos pensar «bueno, no pasa nada», sigue volando... ¡y es cierto! La pregunta es ¿cuántos tornillos puede perder antes de que se descuelgue? Cuando en la naturaleza se pier-

den piezas se pierde parte de una maquinaria que nos permite vivir.

¿Qué podemos hacer para ser más conscientes de que sí es cierto que la diversidad está realmente en peligro, y los seres humanos como parte de ese sistema también lo estamos?

En la parte de los medios de comunicación, los que divulgáis los mensajes, yo no tengo la respuesta. En la parte que a mí me toca quizá es que nosotros tampoco lo transmitimos de la forma ideal. Se transmite mucho por la emoción, por los sentimientos... se cuenta más lo triste que es que muera una cigüeña o se muera un oso que el papel que tienen en la naturaleza. Se suele decir «cuida de la naturaleza porque es muy bonita» y también se usa mucho el miedo, y el miedo con la diversidad no funciona. Suele ocurrir lo que le pasaba a mi padre, se niega que las consecuencias de la pérdida de la diversidad vayan a ser muy graves. Creo que a nadie le gusta que desaparezcan los lince, pero si tenemos que hacer una carretera entonces el discurso suele ser «si necesitamos esa carretera, qué pena por los lince, pero hagámosla».

¿Quién es el peor enemigo de la diversidad? ¿Le echamos la culpa a los intereses económicos?

Cuando se trata de naturaleza se anteponen los intereses económicos a los emocionales. A mí me gustaría que fuéramos capaces de emocionar con la racionalidad, no solo con la belleza, sino también con el conocimiento. ¿Por qué no se da a conocer, por ejemplo, todo lo que hacen los murciélagos?

Puede que para no olvidarnos nunca del valor de la naturaleza nunca deberíamos dejar de ser niños...

Edward Wilson decía que existe la biofilia, una atracción por la naturaleza en todos los humanos desde niños. Y es verdad que antes de hablar los niños cuando van en sus carritos señalan a los perros, a las palomas, y eso se va perdiendo con otras preocupaciones que vienen con la edad. También es verdad que antes pasábamos más tiempo sueltos por el campo y esa fascinación por la naturaleza duraba más.

¿Por qué estudió Miguel Delibes de Castro biología?

Porque desde niño me gustó mucho el campo. Un campo donde buscábamos bichos, con mi hermano Germán pescábamos peces doblando alfileres y usando hilo de coser de mi madre, perseguíamos grillos para oírlos cantar... Un campo donde mi padre cazaba, porque él era cazador y pescador y nosotros aspirábamos a acompañarlo. Yo siempre pensé que quería dedicarme a algo de la naturaleza, pero por entonces

«Con las desapariciones de las especies estamos haciendo que la naturaleza, eso que nos mantiene vivos, sea cada vez más débil, menos resiliente, menos capaz de resistir los cambios... y eso es un peligro»

no sabía siquiera que existía la carrera de Biología. Vivíamos en Valladolid y en aquellos primeros años 60 fue un profesor de lo que se llamaba selectivo de ciencias, un curso común para todas las carreras científicas, quien me dijo «Miguel, a ti lo que te busca es la biología». Yo hasta ese momento había pensado ser ingeniero de montes porque era lo que me parecía más cercano a mis inquietudes. Aquel profesor, José Planas, me cambió la vida. Me fui a Madrid para estudiar Biología y desde entonces... ¡pues hasta aquí!

¿Goza de buena salud la biología en España? ¿Recomendarías a los jóvenes estudiarla?

Lo he aconsejado muchas veces, pero siempre con la condición de que te guste mucho. Si lo que quieres es un *modus vivendi* no me parece la mejor carrera. ¡Hacerte científico es apasionante pero pesado! Ahora se hacen profesionales de la ciencia con cuarenta y tantos años y con la lengua fuera. La meta muchas veces ya no es investigar sino llegar a hacerte investigador, y el foco ha de estar en transmitir el conocimiento de lo que la naturaleza hace.

¿Cuáles han sido los mayores retos de tu profesión?

De los que más me acuerdo son de los que fueron más difíciles, aunque supongo que he tenido muchos más. Siempre es un reto cuando haces de investigador, aunque en mi época era más fácil... Cuando ahora están todavía con becas yo ya era, por edad, director de la estación de biología de Doñana. Sin duda uno de los retos que fue muy, muy difícil fue la conservación del lince, que iba desapareciendo muy deprisa. Confieso sin pudor que estoy muy orgulloso de lo que se consiguió. No lo he salvado yo, pero los científicos dimos la voz de alarma y lo pudimos salvar. ¡Ahora hay más de 2000 lince y entonces había unos 100! Es cierto que antes de



Miguel Delibes insiste en que el foco ha de estar en transmitir el conocimiento de lo que naturaleza hace.

FRANCISCO J. DELAS HERAS

llegar a eso hubo muchas peleas políticas que luego se han repetido y repiten con el asunto de Doñana, pero en aquella ocasión se salvó al lince.

Doñana... Doñana nos duele a todos.

Todo el mundo es consciente de que Doñana está mal, pero durante mucho tiempo no ha habido manera de poner de acuerdo a unos y otros. Ha habido incluso iniciativas muy poco oportunas que apostaban por aprobar más regadíos cuando Doñana estaba seca... Yo siempre mantuve que había que llegar a un acuerdo y al final se consiguió, y de eso estoy moderadamente orgulloso. Pero hay una diferencia con el lince y es que entonces estaba todo preparado y pensado, y en cuanto tuvimos luz verde se empezó a trabajar. Ahora, como afecta a mucha gente y a muchos agricultores, pueblos, ayuntamientos... podemos decir que el armisticio se ha firmado, pero no se avanza o se hace muy despacio. Eso es lo que me hizo dimitir como presidente del consejo de participación. Llegué muy cansado y creo que hace falta mucha energía para pinchar a los responsables para que actúen más deprisa. ¡Doñana no deja de preocuparme y ocuparme!

¿Puede tener un biólogo de la trayectoria de Miguel Delibes de Castro una especie preferida?

No, la verdad es que no. Por molestar digo la lombriz (risas). He trabajado muchos años con los lince, los he disfrutado mucho y los he padecido mucho porque se morían atropellados muchas veces, y aquello era como perder a alguien de la familia. Piensa que los veíamos nacer, les poníamos un chip, cuando crecían un collar, sabíamos en que hueco de qué árbol habían nacido, tenían un nombre, y al año de vida a muchos de ellos los atropellaban. ¡Aquello fue muy duro!, así que los lince están muy cerca de mi corazón. No son los únicos, las nutrias también. □

«Deberíamos ser capaces de emocionar con el conocimiento de la naturaleza, no solo con su belleza»